

Pink Note (no arrancar)

David de Gregorio Merino, 1º Bachillerato

El Pink Note no tenía demasiado que ofrecer salvo para personas que supiesen mirar bien o tuviesen un nivel de exigencia escaso. Para estas últimas, aquel local tenía calefacción, suficiente como para calentar al que viniese de la nevada, y lámparas de ambiente, muy suaves pero que bastaban para alumbrar malamente las seis sillas polvorientas y la barra. Y aunque el ambiente viciado y lánguido, hecho de humo de tabaco, notas de una guitarra Stratocaster y de más sombras que luces, podía disuadir al que fuese a entrar por no tener nada mejor que hacer, también podía ser el que convenciese al que sabía mirar bien para quedarse.

Moore pensaba a menudo en estos detalles, que hacían del Pink Note el garito maravilloso que era. Él se consideraba del primer grupo de personas, de los que sabían mirar bien. Moore no solo entendía el Pink Note, sino que lo había llegado a querer. Durante toda su vida sintió que su lugar estaba entre aquellas cuatro paredes oscuras, y supo transmitir eso a los que se convirtieron en los parroquianos habituales del local. Fue él quien me convenció de que ese selecto grupo de personas eran "los que sabían mirar bien", no "los que tenían un gusto triste" o "los que estaban lo suficientemente desesperados como para entrar a pedir un botellín", y el que me pidió que así lo transcribiese a la hora de escribir sobre el Pink Note. "Porque lo harás algún día", me dijo. "Confío en ello".

Cuando Moore alquiló aquel bajo en un callejón del barrio viejo, sabía que tendría suerte si lograba llenarlo más de una noche. Por eso fue muy feliz cuando lo llenó una segunda, catorce años después, incluso aunque fuese porque los curiosos habían entrado a mirar cuando al viejo Muddy le dio un infarto.

Normalmente la clientela estaba formada por tres habituales, por alguna gabardina con sombrero anónima que fumaba y pedía whisky, e incluso por algún viejo guitarrista oxidado, invitado por Moore, que se solía sentar en el taburete y tras diez minutos afinando la Stratocaster de encima de la barra tocaba algo sin nombre. A Moore le bastaba con aquello, nunca había tenido la intención de hacer caja con el Pink Note. Él lo consideraba un servicio comunitario, algo que me pareció más cierto a medida que iba pasando más tiempo en el local. A los meses de empezar a ir me di cuenta de que a los pobres diablos habituales les hacía falta un lugar en el que estar. Moore vio que lo había entendido, y me sonrió. Pero cuando dos años después me di cuenta de que a mí

también me hacía falta. Moore vio que lo había entendido de verdad, y esa noche las cervezas corrieron a su cuenta.

Yo solía pasar mucho tiempo en el Pink Note. Moore sabía tocar historias (así llamaba él a tocar blues) muy interesantes, siempre melancólicas y siempre nuevas, y a todos (es decir, las dos o tres personas que estuviésemos) nos gustaba escucharle. Era él quien solía amenizar las noches, y cada relato sobre el que su Stratocaster hablaba nos 11/ mantenía hipnotizados hasta el final. La noche en que se le rompieron dos cuerdas de la guitarra, comidas ya por el óxido, fue la única que recuerdo en la que no improvisó sus historias, sino que murmuró un "joder" y volvió tras la barra. Entonces puso algún disco de los suyos, y esa noche nos quedamos sin el blues de Moore, y todos nos concentramos mucho en los "baby" y los "love me" que escupía el tocadiscos para no pensar en lo que nos había llevado al Pink Note.

Siempre me resultó muy curioso eso: todos estábamos en el Pink Note para no estar ahí fuera. Todos queríamos olvidar, pero sin embargo en el local rara vez se oía una voz que no saliese del tocadiscos. Imagino que a todos nos daba miedo hablar por si al romper nuestro silencio rompíamos el ambiente del Pink Note, rompíamos el refugio que Moore había construido para nosotros y volvíamos a la realidad. Sin embargo, nunca hubo silencio en el garito: los sonidos simplemente salían de un amplificador o de un vaso chocando contra la barra. Moore nos enseñó el blues.

Todos los que en algún momento fuimos habituales del Pink Note habíamos oído antes blues, claro. Era aquella música triste y melancólica que sonaba en la radio de cuando en cuando. Pero ninguno de nosotros la supimos apreciar hasta que entendimos que éramos hombres tristes y melancólicos. Y por eso pertenecíamos al mismo lugar que el blues: a garitos tristes y melancólicos como el Pink Note. Moore nos hizo ver eso, y fue de su mano como empezamos a oír el blues con otros oídos. Desde que entraba el primer cliente hasta que el último salía, los solos de guitarra y las voces cascadas pero melódicas rebotaban entre las paredes, chocándose contra las leves luces rojas de ambiente y contra las botellas polvorientas de detrás de la barra. Y así sabíamos que habíamos entrado en algo a lo que de verdad podíamos llamar casa, no como el lugar en cuya escritura figuraba nuestro nombre. Al Pink Note le debemos también eso.

Siempre agradeceré haber tenido este lugar durante veintidós años. Poner una tirita de veintidós años en una vida como el blues, triste y melancólica, es un favor muy grande, y Moore y su Pink Note me lo hicieron con creces.

Como el callejón en el que estáis leyendo estos párrafos está demasiado olvidado, posiblemente el banco tarde una semana o dos en venir a cerrar y quedarse el Pink Note,

ahora que Moore no está para regentarlo. Hasta entonces, la puerta en la que he pegado estos folios sigue tan abierta como en el momento en que salieron por ella los hombres de blanco llevándose el cuerpo del dueño. Os invito (Moore lo habría hecho) a entrar una última vez, a serviros una última copa y a hacer un último brindis por los arios que nos ha regalado a todos el Pink Note, y por el favor que le puede hacer un lugar gris como este a una vida negra.

Atentamente: Todd Taylor